

# Honoris Causa



**Iñaki Gabilondo Pujol**

*HONORIS CAUSA*

INVESTIDURA COM A DOCTOR  
*HONORIS CAUSA* DEL SENYOR

IÑAKI GABILONDO PUJOL



**Universitat de Lleida**

Recull de les intervencions i lliçons pronunciades en l'acte d'investidura com a doctor *Honoris Causa* de la Universitat de Lleida del senyor Iñaki Gabilondo Pujol, que es va fer a la Sala d'Actes de l'Edifici del Rectorat el 23 de maig de 2012

© Edicions de la Universitat de Lleida, 2013

**Disseny i maquetació:** cat & cas / Edicions i Publicacions de la UdL

**Fotografia de portada:** Xavier Goñi. Servei de Reproducció d'Imatge de la UdL

DL L 562-2013

*Per a més informació, visiteu la web de la Universitat de Lleida*

# ÍNDIX

Salutació	
Dr. Roberto Fernández Díaz	6
<i>Laudatio</i>	
Dr. Miquel Pueyo París	8
Acte de doctorat <i>Honoris Causa</i>	
Sr. Iñaki Gabilondo Pujol	16
Discurs de cloenda	
Dr. Roberto Fernández Díaz	26

# SALUTACIÓ

DR. ROBERTO FERNÁNDEZ DÍAZ

Bona tarda.

Secretària General de la Universitat de Lleida, degà de la Facultat de Lletres de la Universitat de Lleida, vicerectors, vicerectors, deganes, degans, directores i directors de centre, exrectors de la Universitat de Lleida, alcalde de Lleida, president de la Diputació de Lleida, delegat del Govern de la Generalitat de Catalunya a Lleida, exministre d'Educació, Digníssimes autoritats acadèmiques i civils, membres de la comunitat universitària, senyores i senyors.

Benvinguts i benvingudes a l'acte d'investidura del senyor Iñaki Gabilondo com a doctor *Honoris Causa* per la Universitat de Lleida.

La importància i el valor que la universitat dóna a aquest nomenament, que és el més alt honor que aquesta institució concedeix, es posa de manifest en la solemnitat d'aquest acte, marcat per un ritual antic i d'un alt valor simbòlic.

*LAUDATIO*

DR. MIQUEL PUEYO PARÍS

El doctor, el títol de major rang acadèmic, designa, des de Ciceró i Horaci, la persona que ensenya, i el de doctor *Honoris Causa* o *doctor ad honorem* és, des del segle XV, un títol que s'atorgava —de vegades acompanyat per adjectius laudatoris tan exuberants com *angelicus*, *eximius* o *subtilis*— a persones que excel·lien pel seu coneixement, la seua competència i la seua trajectòria, que honora simultàniament la persona que el rep i la institució que el concedeix, i estableix entre les dues un vincle singular.

En el solemne acte públic d'investidura, el rector imposa al receptor un conjunt de símbols: el birret lloreat, l'anell, els guants blancs... Malgrat les simplificacions introduïdes, el protocol conserva alguns d'aquests ritus i ens proporciona l'oportunitat de participar en la que probablement és la més antiga de les cerimònies civils que la societat europea ha conservat. La musseta, el birret, les punyetes, l'anell, els guants blancs, cada element del vestit acadèmic té un significat que li van donar els antics i que està relacionat amb l'activitat i els mèrits de qui els llueix. La toga, tot i ser d'origen etrusc, va ser popularitzada pels romans, i anem vestits d'aquesta manera des del primer embrió d'universitat, que van ser les fraternitats d'estudiants formades a la Bolonya del segle XII, i així s'esdevé en totes les universitats del món. I si mantenim aquests símbols és perquè no tenen únicament un contingut formal i estètic, sinó perquè també constitueixen un recordatori per als nostres sentits i perquè tenen una dimensió intel·lectual, moral i política que reforça la nostra inserció com a individus i com a comunitat dins el corrent de la història de la transmissió de l'esperit que, a través de les generacions, dóna sentit a la nostra vida i a la nostra vocació, i la integra en el *continuum* del relat de la societat humana. Com a contemporanis de la postmodernitat o, encara més, com a individus a la recerca de la identitat dins una societat canviant i líquida, és avui més important que mai ser capaços de trobar un vincle efectiu entre la nostra condició d'éssers humans instal·lats en un petit punt de la realitat, preguntant-nos què som o què hem de fer, i

la nostra participació en aquesta gran novel·la del món que vam començar a escriure i a explicar-nos fa cinc-cents mil anys, quan vam ser capaços de dominar el foc i de reunir-nos al seu voltant per contar-nos històries que reforçaven simultàniament la nostra identitat individual i la nostra pertinença al grup.

Creo sinceramente —y agradezco la oportunidad que el rector me ha brindado para desempeñarme como padrino en esta investidura, aunque es evidente que debiera ruborizarme— que el Sr. Iñaki Gabilondo Pujol reúne no sólo los méritos profesionales, intelectuales y académicos que justifican ampliamente su nombramiento como doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Lleida, sino también aquellos a los que me he referido para empezar; o sea, los valores humanos, cívicos y éticos que debe ostentar un doctor, y que en el caso del Sr. Gabilondo pueden sintetizarse en su credibilidad. Una credibilidad inseparable de una honestidad que nos lleva a reconocerle una autoridad moral absolutamente desprovista, en su caso, de la autosuficiencia que destilan otros profesionales más narcisistas. Pensando en eso, hasta me permitiría sugerir que la vanidad debería ser considerada un riesgo profesional inherente al periodismo, quizás especialmente al periodismo audiovisual, y me gustaría recordar brevemente a nuestro auditorio las reflexiones que el Sr. Gabilondo dirigió a los estudiantes de Periodismo y Comunicación Audiovisual, en la lección inaugural de este curso, en esta misma sala, también las recogidas en su magnífico libro *El fin de una época: Sobre el oficio de contar las cosas* y las que de viva voz —perdón por el juego de palabras, pero creo que ése podría ser también un buen lema para su trayectoria— ha hecho en los últimos meses, desde la madurez intrépida que da la séptima década de la vida y que llevó al escritor inglés David Herbert Lawrence a pronunciar la siguiente afirmación: "Estimo que uno debe tener setenta años antes de saber lo que es el coraje."

Iñaki Gabilondo es una persona que siente apego por sus raíces (su abuelo de Horta de Sant Joan, de donde le viene su segundo apellido, su identidad vascoandaluza), y que es quien es por su temprana querencia por la radio y por su trayectoria de más de cuarenta años de experiencia audiovisual que le han reportado éxitos, una enorme audiencia, premios (entre los cuales la Cruz de Sant Jordi y el Blanquerna, que la Generalidad le concedió por algo tan sencillo y tan difícil a la vez como su sempiterna actitud de respeto

por Cataluña y por los catalanes), pero vive intensamente en el presente y siente una enorme curiosidad por el futuro. De su manera de entender la profesión periodística, de su modo de trabajar y de su actitud como comunicador, Joan Barril ha escrito: "Gabilondo no es un periodista festivo. Tampoco es un opinador altisonante. Para él no hay mejor razón que la que se destila en el trabajo diario. La obra de Gabilondo no está escrita con voluntad evangelizadora sino que se trata de un continuo sobre el que se basa la melodía democrática. Gabilondo no da respuestas porque da por entendido que sus oyentes forman una coral de dudas que consiguen la armonía humana dando por implícitas las respuestas."

Recientemente, el Sr. Gabilondo decía con toda franqueza: "Es evidente, está cayendo un mundo entero y está empezando otro y estamos en un período de tránsito. En este tránsito todo está marcado por la economía y por la desesperación de la empresas [periodísticas] de sacar las cuentas adelante." En esta misma sala, en el mes de octubre pasado, me pareció que usted se dirigía muy directamente —con la mirada y con sus palabras— a nuestros estudiantes de Periodismo y Comunicación Audiovisual, y como usted es la antítesis de ese profesional consagrado que está de vuelta de todo, fue precisamente en dirección a ellos y ellas que lanzó los dardos de su nostalgia, pero también de su esperanza gramsciana, en el sentido de que el pesimismo es un asunto de la inteligencia y el optimismo lo es de la voluntad. Probablemente un poco harto de que le pregunten siempre por la dimensión empresarial de las empresas de comunicación o por el futuro de la prensa en papel, y tan poco por el futuro del periodismo de calidad, amenazado por el mercantilismo y por la glotonería de los poderosos, usted interpeló con severidad a los políticos y a los partidos, a los gobiernos y a las empresas periodísticas, y denunció la sumisión de casi todo a los poderes económicos, iniciada con las políticas desreguladoras de los años ochenta del siglo pasado. De hecho, Sr. Gabilondo, usted empezó diciendo "vivimos tiempos confusos", porque nos encontramos en un "haz de crisis", realizó una autocrítica nada indulgente y se refirió con una sinceridad no muy frecuente a sus miedos, a sus dudas y también a sus esperanzas.

Pocos meses después, usted confesaba a David Redondo, en una larga entrevista, muy interesante: "El pecado mayor del periodismo y la política es que se han alejado de la

gente. Para la gente el periodismo y la política se ocupan de sus cosas, de sus batallas, de sus intereses... Extraen de la actualidad la materia prima de su pelea, pero la actualidad no les interesa." Dificilmente se podría haber dicho con más claridad, sin duda porque su vocación como periodista le ha mantenido siempre alejado de la manera de trabajar de aquellos que Christian Salmon llama los formateadores de mentes. Dificilmente se podría haber actuado con una coherencia más valiente que cuando usted entrevistó a Felipe González, delante de una audiencia de ocho millones de espectadores, y le preguntó y repreguntó tozudamente cosas tan serias como si había autorizado los GAL. De hecho, usted ya se había encontrado en un fregado tan importante como el 23F, desde su puesto de coordinador de los servicios informativos, y esa situación le puso delante de las cámaras de TVE en un momento nada cómodo ni sencillo. Por cierto, que Leopoldo Calvo-Sotelo no tardó en darle las gracias, ordenando que le cesaran fulminantemente porque no le gustó nada una información suya sobre el paro en Andalucía y Extremadura y, en un libro reciente, Juan Luis Cebrián ha explicado que José María Aznar pidió explícitamente la cabeza de usted a los editores de *El País*.

No puede decirse que le haya faltado coraje a lo largo de una trayectoria dilatada y brillante pero complicada, ni que se haya quedado usted dormido, acunado (la expresión es suya) por una audiencia a la que se teme defraudar. Ha sido muy claro al decir "sé de quien soy, pero eso no me compromete en modo alguno ni con las posiciones específicas del partido socialista ni con los mitos y adoraciones que el partido mantenga en general", lo cual demostró en la entrevista con Felipe González y más adelante, opinando sobre las limitaciones y los claroscuros de José Luis Rodríguez Zapatero. Usted ha asumido un compromiso con su audiencia, basado en intentar decir con honestidad lo que cree y a tratar de transmitir la diferencia entre lo que sabe y lo que le parece. En ese sentido, su postura me recuerda la expresada en una jornada sobre los límites de la televisión pública en Europa, que celebramos en diciembre pasado, y en el transcurso de la cual el veterano periodista belga Gerard Dutilleul, director de *Bye, bye, Belgium*, un experimento televisivo muy interesante y que tuvo gran repercusión en Cataluña, vino más o menos a decir lo siguiente: "No siempre soy objetivo, pero siempre intento ser honesto." Y coraje para hablar de lo que sabe y de lo que le parece no le ha faltado tampoco a usted para

manifestar, el 14 de este mes, en su su videoblog *La Voz de Iñaki* su respeto por el 15M y por los millones de personas que simpatizan o están detrás del movimiento y para decir a sus videooyentes que la crisis no es el resultado de una cadena de pecados, sino el reventón catastrófico de una "máquina inventada para el fraude."

Benvolguts i benvolgudes, un hom s'adona aviat que en el breu espai d'una *laudatio* no hi ha temps per enumerar tots els mèrits, els èxits, els valors, els reptes afrontats i el compromís amb la veritat i l'esperança d'un personatge com Iñaki Gabilondo. He assumit el risc de no lliurar-me a una enumeració minuciosa de les fites de la seua carrera, en part perquè són conegudes o fàcils de recopilar, i perquè el Departament de Filologia Catalana i Comunicació Audiovisual, en sol·licitar l'atorgament de l'*Honoris Causa*, la Facultat de Lletres i el govern de la Universitat han tingut prou en compte la trajectòria d'una persona que va començar a treballar a la ràdio als 21 anys, que durant anys ha mantingut gairebé tres milions i mig de ciutadans pendents del seu programa *Hoy por hoy*, i que ha fet la seua feina amb una gran professionalitat i amb audiències milionàries a la Cadena SER, TVE, Cuatro i *El País*, i que ha rebut reconeixements de tota mena, inclosos dos doctorats *Honoris Causa* per les universitats de València i la Rey Juan Carlos de Madrid, i ara per la Universitat de Lleida, creada l'any 1991 sobre la memòria de l'Estudi General de Lleida, una de les universitats europees més antigues, instituida l'1 de setembre de 1300 pel rei d'Aragó i comte de Barcelona Jaume el Just, i abolida per Felip V el 1717.

Certament és un encert i un honor per a la Universitat de Lleida incorporar com a doctor *Honoris Causa* Iñaki Gabilondo, un dels periodistes espanyols més reconeguts i alhora més criticat per aquells que han apostat per una altra mena de periodisme més tacticista, subordinat als interessos econòmics i èticament voluble. L'acollim avui en la nostra comunitat universitària amb reconeixement, respecte i afecte, en uns moments extraordinàriament difícils per a Europa, per a Espanya i per a una Catalunya que se sent, cada vegada més, espiritualment i socialment allunyada d'Espanya; en uns moments en què cada cop són més amplis els sectors socials que se senten desconcertats i traïts —no ho dic jo, sinó que cito textualment un article publicat el 18 de maig a *La Vanguardia* pel periodista i escriptor Rafael Nadal, que no és precisament un profeta indignat ni

un propagandista— “perquè els nostres governants no han estat a l'altura de l'esforç general”, sinó que han escollit el “camí fàcil d'explotar fins a l'escanyament les classes mitjanes i els assalariats, però no han fet res per obligar els poderosos a sumar-hi el seu esforç”. I referint-se a allò que fa més dolorosa la situació actual —la manca d'una explicació convincent sobre com serà el nostre futur, i sobretot el dels nostres estudiants, el dels ancians i el de les persones humils, en els propers anys— Rafael Nadal afegia: “La informació i la veritat no són mai actius exclusius dels governants, sinó un dret dels ciutadans; sobretot quan compleixen la seva part del contracte treballant més i més durament, mentre que els governs incompleixen promeses, programes i contractes. Els ciutadans són els que estan salvant el destí del país. Tenen dret a compartir-lo.”

Usted, Iñaki, también se ha referido reiteradamente a la superposición de diversas crisis y ha manifestado rotundamente su convicción de que ni la política ni el periodismo pueden mirar hacia un lado, mientras cada vez más la gente mira hacia otro, porque este es un escenario peligroso, cuyos riesgos son sobradamente conocidos, a poco que tengamos en cuenta la historia de Europa en el siglo XX. Y de todos modos, ni podemos abandonarnos a la desesperanza ni olvidarnos de que puede que la democracia no sea una amada república, en palabras de Edward M. Forster, uno de los Apóstoles —el grupo de John Maynard Keynes y Virginia Woolf—, pero tiene dos grandes virtudes: admite la variedad y permite la crítica. Forster era un defensor de la tolerancia y de lo que él llamaba las virtudes negativas: no ser quisquilloso, ni irritable, ni vengativo, y se identificaba mucho más con Montaigne o con Erasmo de Rotterdam, dos tolerantes vilipendiados por las facciones, que con dos “duros” como Moisés o San Pablo.

Y bueno, podría usted —y puede nuestro auditorio— preguntarse para qué salgo ahora con Montaigne y Erasmo, y me gustaría, para ir acabando, lanzar la hipótesis de que también usted coincidiría —si yo no lo he escuchado y leído rematadamente mal durante estos años— con Forster, en esta preferencia, e incluso me atrevo a pedirle que continúe siendo, por muchos años, uno de nuestros campeones de la tolerancia, que no es lo mismo que la debilidad, porque vamos a necesitar mucha tolerancia pero también mucha reciedumbre y mucha valentía para reconstruir o construir de nuevo una civilización perdurable e infiltrada por la justicia, la libertad y la solidaridad.

Benvolgut rector, Sr. Gabilondo —Iñaki—, ha estat per a mi un gran honor i un repte esbossar una *laudatio* que necessàriament ha estat confegida des de la raó i la consideració dels fets, tal com correspon als imperatius de la *universitas* i del mètode, però que a la qual no podia deixar d'incorporar sentiments i idees que, en part i modestament, m'han estat suggerits per l'obra, la trajectòria i la dimensió personal del nostre nou doctor. Gracias, Iñaki, por su paciencia pero sobre todo por su actividad, por su identidad y por su coherencia, y permítame que acabe dedicándole una sentencia bíblica que a mí me ha parecido siempre preñada de diversos y profundos sentidos, y que creo que también a usted le va a gustar:

"Llença el teu pa sobre les aigües, perquè a la llarga el retrobaràs. [...] Al matí sembra la teva llavor, i a la tarda que no reposi la teva mà, perquè no saps què reeixirà, si aquesta cosa o l'altra, o bé si totes dues seran igualment bones."

Moltes gràcies.

ACTE DE DOCTORAT *HONORIS CAUSA*

SR. IÑAKI GABILONDO PUJOL

Fa menys d'un any, convidat per aquesta universitat, vaig tenir l'honor de compartir amb vostès unes quantes reflexions al voltant del meu ofici, el periodisme, i el temps present.

Le meves primeres paraules van ser, aleshores, en català, per un principi bàsic de respecte i bona educació i, com aleshores els vaig dir, per honorar la memòria del meu besavi matern, nascut a Horta de Sant Joan (Tarragona), que va enriquir la nostra sang amb la sang d'aquesta terra.

Crec que avui, amb més raó, quan rebo un honor tan immens, he d'atrevir-me amb unes paraules en català. Per les mateixes raons d'aquell dia i per una més: pel meu desig de fer èmfasi en una idea que considero central i valuosa en qualsevol circumstància.

Aquesta idea bàsica és la següent: els homes s'entenen quan tenen veritable voluntat de fer-ho. Alguns pensen que ho fan quan troben l'eina adequada, però s'equivoquen. És a l'inrevés: troben l'eina adequada quan tenen la voluntat d'entendre's. Posar els idiomes a barallar-se és traïr els idiomes. Van néixer per a tot el contrari. No solament no es respecta l'altre, l'idioma del qual no es respecta, sinó que s'anuncia la voluntat de no entendre ni fer-se entendre. Així, doncs, comencem marcant el terreny en un punt comú, on convergeixen els grans ideals i el desig d'un bon viure. Amb les paraules d'un poeta cosmopolita i polièdric, Enric Casasses:

Al pot petit hi ha poca confitura  
i al cor trencat la veritat més dura:  
mal amagat és mal que no té cura,  
la llibertat, la llei que és més segura,  
la veritat, bandera que no es jura,  
i el paradís, un bon plat de verdura.

Siempre he creído que vivir es convivir, y que convivir es dominar el arte de la distancia.

Desde demasiado lejos no se acierta a ver, desde demasiado cerca todo resulta borroso.

Tal vez porque fue óptico además de filósofo, Baruch Spinoza logró encontrar la distancia exacta para situar al ser humano en la Naturaleza y construir una "Ética" que lo encajara en ella.

Pues bien, el periodismo y la política no han dado nunca con el punto que les mantuviera a la distancia adecuada. O juntos y revueltos o alejados y enfrentados, así han estado y están. Posiciones muy españolas, por otra parte, habida cuenta de nuestra tradición de vivir espalda contra espalda o enterrados hasta las rodillas con un garrote en las manos, como nos sorprendió Goya.

Me dedico al periodismo desde hace cuarenta y cinco años. La primera década, bajo la dictadura; los cinco años siguientes, en el fascinante período de la Transición; el resto, en democracia.

Tres etapas tan diferentes que parecen constituir otras tantas placas tectónicas, formadas en tiempos distintos y con materiales distintos, pero que siguen interaccionando unas con otras aún hoy.

Aún hoy, en efecto, percibimos en nuestra vida colectiva un fondo orográfico atado y bien atado en casi medio siglo de dictadura. Hay hostilidades y encarnizamientos que no sabrían explicarse sin ella. Y cerrazón mental y fanatismo, impermeables a la razón, que de ella proceden. Una especie de teología de la política que prohíbe el paso a territorios esenciales, donde duermen con vocación de eternidad conceptos como lo que somos, lo que no somos y lo que tenemos la obligación de ser, junto a otro buen montón de dogmas. De ahí proceden muchas de nuestras más estériles disputas.

La Transición sigue viva porque, aunque se emplearon los más nobles materiales, fue una construcción de emergencia que sólo podía adquirir solidez con lealtad y juego limpio. Ambos escasearon pronto e hicieron crisis en los primeros años noventa, cuando

pasamos de hacernos pequeñas trampas a, directamente, jugar sucio. La Transición ya no es un suelo firme en el que instalar referencias estables. La Transición es ya otro campo de batalla.

La placa actual se está formando, reformando y transformando a velocidad de vértigo. Coexiste lo que en las últimas décadas parecía consolidado con lo que hace y deshace una convulsión global, que, entre otras cosas, se ha llevado por delante casi todas nuestras certezas.

Durante la dictadura, ser periodista era al periodismo lo que ser habitante de España era a ser ciudadano. Nada. Y ser periodista de radio aún menos, dado que la información estaba prohibida en ese medio. Como saben, todas las emisoras tenían la obligación de conectar con Radio Nacional a las 14.30 y a las 22. Su Diario hablado, el Parte, era el único servicio informativo autorizado.

No escasearon los ejemplos de dignidad, que intentaron abrir brecha en aquel humillante y repugnante sistema. La historia de la política y el periodismo los han recogido con bastante detalle. El relato popular transmitido a las generaciones siguientes ha aumentado el número de aureolados sin motivo, como las hemerotecas podrían acreditar. Deben englobarse sin acritud en el lote de las llamadas "fantasías de generación" —"todos corrimos ante los grises", "todos estuvimos en París en el 68", "todos los franceses estuvimos en la Resistencia"— que a estas alturas ya no hacen daño. A los efectos del presente relato, me interesa señalar que el periodismo acertó a esconder sus pecados y versionarse con una suave pátina de mérito. La misericordiosa capa de la Transición unió por primera vez al periodismo y a la política, donde, como sabemos, ocurrió lo mismo.

La Transición tuvo emociones verdaderas. La primera de todas ellas fue el descubrimiento de la democracia, una materia desconocida y soñada. Su aprendizaje resultó fascinante; su ejercicio, emocionante.

En ese aprendizaje y ese ejercicio fuimos descubriendo los políticos y los periodistas la razón profunda de nuestros respectivos oficios. Y creo que es bueno recordar dicha

razón para poder interpretar adecuadamente la historia de nuestra resbaladiza y tormentosa relación.

Todo parte del reconocimiento de la dignidad del hombre. Para no ir demasiado atrás y dejar tranquilos al Renacimiento y a Pico della Mirandola, partamos de la proclamación de los derechos del hombre. Del reconocimiento de esos derechos se deriva una conclusión: nada de cuanto le afecte será decidido sin contar con él. Y se inventa un procedimiento para que tal cosa sea posible. La democracia no nace para asegurarse el acierto en las decisiones; no es un método ni más certero ni más rápido. Es, por el contrario, complejo y lento. Pero es el que se estima adecuado para contar con la voluntad ciudadana. Y para que el ciudadano pueda participar con conocimiento de causa, para que pueda disponer de los elementos de juicio correspondientes, necesita información de lo que ocurre, referencias sobre las alternativas posibles y modelos de sociedad en los que encajarse. Al periodismo y a los partidos políticos les corresponde proporcionárselos.

Así lo aprendimos y así lo empezamos a vivir, convencidos de ser piezas diferentes de una misma máquina, llamados a un tipo de complicidad de fondo, y conectados con los antecedentes que en el siglo XIX o en la Segunda República nos explicaban las dificultades y peligros de esa relación. Pero, en todo caso, quedaba claro que un medio de comunicación era, antes que otra cosa, un proyecto intelectual. Se sostenía en una estructura industrial, que tenía que ser, como toda empresa, rentable. Pero su rentabilidad era instrumental. Igualmente, los partidos eran proyectos políticos, diseñados a partir de una idea y un modelo de sociedad. La conquista del poder era imprescindible para la consecución de ese ideal, pero era solo la herramienta para lograrlo.

Pues bien, digamos que en la Transición vivimos la edad de la inocencia, en la que se ordenaron las prioridades de acuerdo con los principios, aunque habríamos que matizar. Fue una inocencia que no brotaba sólo del candor de los neófitos. Era fruto del miedo.

El milagro de la Transición fue el miedo, el miedo a volver a las andadas, a la incertidumbre de una nación con un currículo de enfrentamientos grabado a fuego en el consciente, el subconsciente y el inconsciente. Pero el temor no actuó como factor

paralizante sino que se positivó, al transformarse en miedo a fracasar. Ese motor puso en marcha un tiempo singular, apasionado y contenido a la vez, porque la prudencia llevó a las mayorías políticas, periodísticas y sociales a las zonas templadas, con sacrificios enormes y en nombre de causas llenas de mayúsculas: la Democracia, la Paz, la Modernidad, Europa, etc.

Una época de grandes fervores en la que parecieron coserse asuntos que luego se vieron sólo hilvanados, pero que puso en juego valores de muchos quilates. Por lo que al periodismo se refiere, vivió el proceso como cómplice entusiasta y con conciencia de estar jugando un papel protagonista en un momento histórico. Protagonista, sí, pero en una pelea que se entendía como más importante que el periodismo, una pelea de orden superior. El sentido de la responsabilidad alcanzó unas cotas que en otras circunstancias serían impensables. Esta actitud figura en el olimpo romántico de la transición junto a los grandes gestos políticos de la época.

Pero ahí se incubaron dos enfermedades graves: el periodismo épico y la fusión-confusión de política y periodismo. Demasiados periodistas asociaron para siempre su oficio con los cantares de gesta y no han podido ya vivir sin epopeyas, sin tener entre manos alguna misión redentora. Cuando finalizó el período extraordinario no fue posible un repliegue hacia posiciones más humildes en la orquesta social. De ahí se ha derivado una línea de periodismo mal colocado democráticamente, que ha olvidado que tal vez sea el cuarto poder, o el contrapoder, o el superpoder, pero que no es ni el primero ni el segundo ni el tercero. Ni el legislativo ni el ejecutivo ni el judicial. La otra patología, la fusión-confusión de política y periodismo, ha llegado hasta nuestros días. En aquella fraternidad se rompieron todas las barreras, y ya no se ha hallado la distancia adecuada. Los periodistas y los políticos se aman o se odian, se desprecian o se temen, pero se han perdido el respeto. En su actual grado de deterioro, la sociedad los ve como miembros mal avenidos de una misma familia.

Estrenamos la embarcación democrática pero apenas tuvimos tiempo para familiarizarnos con sus rutinas, reglas y valores. Nos hubiera venido bien una larga temporada de brisas suaves para acostumbrarnos a la nueva navegación. Pero en lugar de eso

tuvimos un temporal, el 23F, y casi de inmediato, las primeras ráfagas del peligrosísimo viento dominante que, procedente del neoliberalismo impuesto por Thatcher y Reagan, entronizó la idolatría del dinero.

En los medios de comunicación eso se tradujo en una ruptura —primero casi imperceptible, luego manifiesta— del equilibrio entre la lógica de la comunicación y la lógica de la industria de la comunicación. La rentabilidad, imprescindible para el sostenimiento del proyecto intelectual, se emancipaba del mismo y establecía las prioridades. Y se manifestaba con más claridad a medida que el nuevo mundo empujaba a los medios tradicionales a convertirse en multimedia. Entonces, el volumen de negocio, el nivel de riesgo y la expectativa de beneficio adquirían tales magnitudes que nada podía atreverse a discutir la supremacía de sus leyes. Nada digamos si el medio de comunicación entraba en bolsa.

Aquí subimos un nuevo peldaño en la distorsión periodismo-política. Porque es la política la que, al otorgar las licencias de radio y televisión, puede determinar de modo significativo la dimensión de los consorcios mediáticos. Es una nueva partida, con cartas marcadas, en la que puede darse la gama completa de las pasiones humanas: el favor, el disfavor, el chantaje de ida y vuelta, la presión, la obstrucción, el beso de Judas y la cuchillada traperera. Una perversión de tal calibre que envenena cuanto toca y se lleva por delante la credibilidad de los medios, ya que se sospecha hasta de lo que nunca ocurrió. El estrago es profundísimo porque la guerra se retransmite en directo y se emplean todas las armas, incluso la peor de todas, la mentira. Es un cáncer con metástasis que propaga sus células malignas por todo el organismo, llegando a afectar a la Justicia. Un verdadero drama colectivo al que sobrevivimos porque, por fortuna, hay todavía grandes depósitos de salud y nobleza en el periodismo y en la política, y mucha gente cuyo trabajo decente impidió que la ola de agua sucia se llevara todas nuestras banderas. No pudo evitarse, sin embargo, que el periodismo quedara infectado de dos males de efecto devastador: los prejuicios y la incondicionalidad, que tal vez sean una misma cosa. Y que todo y todos, en el periodismo y la política, quedaran enmarcados, casi alistados, en las filas de algún ejército. Como no es posible distinguir a los voluntarios de los forzosos, como las brigadas de asalto se dicen pacifistas, y

la objeción de conciencia es malinterpretada, ha resultado imposible convencer a la sociedad de que la afinidad ideológica de un medio con un partido es perfectamente compatible con la independencia, que la opinión no tiene que ser equidistante para ser libre, y otras obviedades así.

Por su parte, los partidos políticos se han ido alejando de su diana social, el proyecto, para enterrarse en la lucha por la herramienta, la conquista de poder. El ideal quedó arrumbado en los sótanos. Y el buen vino se ha ido avinagrando. El proyecto, además, se ha ido haciendo tan elástico como lo fuera ordenando la demoscopia. La conquista por el poder, una lucha encarnizada, acababa por ser medio y fin. Los ojos políticos se iban convirtiendo en espejos deformantes, y la imagen que captaban no era ya la realidad humana sino sus monstruos, que se estiraban, encogían, engordaban o adelgazaban en función de las necesidades del lance. Consagrado el cierre de filas como primer mandamiento, y exigido su cumplimiento con disciplina militar, quedaba proclamada la ley del embudo —la parte ancha para los míos y la estrecha para los demás— e instalada la doble moral como código de conducta.

El estrépito de la pelea entre los medios y los partidos, por el estruendo que es capaz de generar, hace invisible e inaudible la acción de los demás, de la inmensa mayoría. Con un petulancia que no ha sido analizada suficientemente, la política se atribuye los méritos y deméritos de cuanto ocurre en todos los ámbitos de la vida; alude a sus aciertos o desaciertos como causas primera y última de todos los éxitos y los fracasos nacionales, como si nada tuvieran que ver las actitudes y decisiones —valientes o cobardes, prudentes o imprudentes, excelentes o desastrosas— de millones de ciudadanos. La prensa participa en este ejercicio reduccionista, que pasa todas las facturas a la política y se ahorra otros escrutinios, y la sociedad se complace en una situación muy confortable, que roba medallas pero libera de culpas.

En este viaje, los medios y los partidos han terminado por crear un pequeño universo común, una especie de club exclusivo, en el que no cabe la gente; un idioma común, de madera, que no entiende la gente; un cuadrilátero en el que montescos y capuletos pueden pegarse en nombre de la gente por razones que la gente no reconoce como

suyas. Y todo esto casi sin darse cuenta. Porque debe decirse que nadie ha abdicado de sus ideales, ni mucho menos cree haberlos traicionado. Sencillamente, se han extraviado en el camino.

Mientras los medios pasaban de ser mensajeros a ser el mensaje, y mientras los partidos pasaban de ser el crisol de las ideas a ser centro de provisión de cuadros para la política profesional, Internet y las redes sociales irrumpían con gran aparato y provocaban el desconcierto. Casi simultáneamente, la globalización nos confirmaba que los poderes financieros estaban al mando de las operaciones y que la democracia era un poder subordinado. Al mismo tiempo —algunos creemos que en parte al menos como consecuencia de lo anterior— se abatió sobre nosotros una crisis económica que ponía al descubierto algunas crisis más, culturales y morales, de gran calado. Todo a tal velocidad que pestañear suponía perder el paso.

En la actualidad, los medios tratan de sobrevivir a la doble sacudida de la crisis económica y de la nueva competencia digital, y tantean espacios y fórmulas sin dar por el momento con la tecla, pero manteniendo la convicción de que la política jugará un papel determinante en la viabilidad o inviabilidad de los caminos, y que, por tanto, hay que mantenerse al rebufo. A la espera de que se haga la luz, y mientras el paro y la precariedad alcanzan cotas insoportables, se va construyendo una línea de pensamiento que significa ir corriendo a tontas y a locas para alcanzar cualquier última ola de cualquier última tecnología, como si eso nos llevara con toda seguridad al futuro. Daniel Innerarity nos recuerda que el pasado está lleno de futuros que no se cumplieron, cosa que el rector que nos preside, historiador, podría confirmar con pruebas. La política, en una reacción totalmente opuesta, permanece inmutable, ajena a todas las novedades y a todas las señales de advertencia, firme en sus esquemas y estructuras, como si no llegaran a su mundo las noticias del terremoto.

En este punto estamos. Enfermos de estupor y, como dice Zygmund Bauman, rodeados de conceptos vivos y muertos a la vez. Poco puede añadirse y nada vaticinarse, ni siquiera siguiendo el rastro de lo que se puede intuir. Quienes en el siglo XVIII vivieron la primera revolución industrial imaginaron grandes transformaciones derivadas de las

nuevas tecnologías pero no podían hacerse la menor idea de lo que llegarían a significar el automóvil o la electricidad. Así nosotros, por conscientes que seamos de estar volando, y por muy amplia que sea nuestra mente, no podemos ni atisbar los hallazgos que nos aguardan procedentes de la informática, la genética, la inteligencia artificial, la nanotecnología o la astrofísica; o en qué pueden concretarse las amenazas que se ciernen sobre un mundo que se niega a ver la demencia de un modelo de crecimiento infinito en un mundo limitado.

A la espera de que se aviste algún horizonte, ¿cabe hacer algo de provecho? Pienso que nos vendría bien —al menos no nos va a hacer daño— regresar al clasicismo en algunas cosas, por ejemplo, reflexionar antes de actuar, practicar la libertad de pensamiento antes de ejercer la libertad de expresión. O recuperar algunas virtudes cívicas. O prestar atención al ritmo del corazón y atrevernos a algunas lentitudes para que se nos oxigene el cerebro. Por mi parte, y sin descuidar las nuevas tecnologías, me propongo andar un poco más despacio, comer y beber un poco más despacio y volver a leer la Historia de la decadencia y caída del Imperio romano, de Edward Gibbon, que siempre es un placer y siempre nos regala algo de provecho.

Y por lo que se refiere al tema de que les he hablado, y para terminar, les dejo una idea, que no sé si es una opinión, una profesión de fe o un compromiso, que dice así:

Así como será preciso un nuevo pacto social, una vez que asistimos a la voladura del que se diseñó tras el crack del 29, deberíamos rediseñar las relaciones política-periodismo para ajustar las distancias y hacer posible una nueva complicidad de fondo en lo substancial. Si hemos descubierto que las democracias están subordinadas a los poderes financieros es imprescindible fortalecer la política. Seguramente el periodismo se sostendrá en modelos de empresa que no tendrán nada que ver con los actuales; seguramente los partidos tendrán que transformarse en profundidad. Pero, si hay democracia, habrá políticos y periodistas. Y si no hay democracia, necesitaremos políticos y periodistas que luchen junto a los ciudadanos para que la haya.

Muchas gracias y buenas tardes.

# DISCURS DE CLOENDA

DR. ROBERTO FERNÁNDEZ DÍAZ

Una tarda d'estiu de 1982, al saló de casa seva, Don Julio Caro Baroja em va explicar la següent anècdota: "Un dia, una jove periodista va venir a fer-me una llarga entrevista. Jo m'hi havia negat reiteradament perquè desconfiava del gènere periodístic, però la insistència de la jove va vèncer la meua voluntat. Al final de la xerrada la periodista em va preguntar: 'Bé, Don Julio, i de dones, com va?' Jo, amb més de setanta-cinc anys, li vaig fer un gest amb la mà que volia dir zero. Al matí següent, el titular de la meua entrevista era: 'Julio Caro Baroja dice que a las mujeres, un 0.'" Des de llavors, em va confessar Don Julio, "ja no vaig poder desfer-me mai més d'aquell titular, que 'confirmava' l'estúpida llegenda que els Baroja érem de tendència misògina."

Mai he pogut treure'm del cap aquesta desagradable però paradigmàtica anècdota explicada per Don Julio sense acritud, en to més aviat exemplificatiu i amb una mica de resignada sorna. Tant és així, que és el primer que m'ha vingut al cap quan he començat a pensar en aquest discurs del doctorat *Honoris Causa* d'Iñaki Gabilondo Pujol. Va ser com prendre plena consciència d'alguna cosa sabuda però poc tinguda en compte: l'enorme transcendència del periodisme per a les persones, les institucions i els països. Sí, una enorme responsabilitat social, cívica i de civilització. Darrere de les matances, les guerres, els genocidis; darrere de les pitjors coses dels éssers humans estan també les creences que es forgen amb les informacions i les idees transmeses pels intel·lectuals, pels artistes, pels historiadors, pels científics i, per descomptat, i per ventura en primera línia, pels periodistes. El que s'explica que passa informa i alimenta el món de les idees i les creences. Les unes i les altres conformen l'univers de les conviccions que mobilitzen l'acció social dels éssers humans.

No serà aquest rector qui es dedicarà en aquesta breu intervenció final a reflexionar sobre el compromès ofici de periodista, ja que doctores tiene la Iglesia i ara acabem d'investir qui, entre ells, està considerat com un dels més experts al món.

Però sí vull destacar que estem davant una de les professions amb major transcendència social i que, en conseqüència, això implica que la universitat no pot estar absent de la preparació dels professionals que es dedicaran a modelar l'opinió pública. Aquesta mateixa que serveix perquè els ciutadans jutgin la realitat i formin les seves pròpies valoracions sobre quin ha estat el passat, què és el present i com volen que sigui el futur.

Avui honrem un gran periodista i un gran intel·lectual. Però amb aquest doctorat *Honoris Causa* aquesta universitat vol honrar també una professió que, ben exercida, és un patrimoni imprescindible per a la qualitat de la democràcia, però que mal exercida es converteix en un element d'esclerosi i desgast de la democràcia.

Avui honrem Iñaki Gabilondo, però també els precursors del periodisme espanyol, com ho van ser Manuel Mariano Nipho, José Clavijo o Luis García Cañuelo. Veritables pioners que, a mitjan segle XVIII, quan les Llums començaven a il·luminar Espanya, es van obstinar a aportar al nostre país raigs de llum mitjançant la raó crítica il·lustrada. Tasca àrdua i arriscada que van realitzar amb unes dosis de responsabilitat social i valentia personal extraordinàries, fins a posar en risc la seva pròpia integritat física davant la Inquisició.

Avui honrem els corresponsals de guerra que es juguen la vida. Els periodistes gràfics. Els redactors que alimenten les rotatives perquè funcionin durant tota la nit. Els que tenen el valor de crear una empresa periodística pensant que amb això contribueixen a la convivència ciutadana, a la llibertat individual, al bé comú i a la democràcia. Avui, amb aquest doctorat *Honoris Causa*, honrem el periodisme com a professió dedicada a la felicitat pública. Honrem tots aquells que, des de la llibertat d'expressió, "vigilen" críticament la democràcia perquè la defensen apassionadament.

Estic fermament convençut que el periodista Gabilondo és hereu dels valents il·lustrats, dels bons liberals del segle XIX i de les persones de progrés que han habitat la Penin-

sula, encara que no sempre hagin guanyat la batalla intel·lectual, social i política de la modernitat. Si aquesta universitat ha tingut l'encert de nomenar per aclamació Iñaki Gabilondo com un més del seu prestigiós claustre de doctors i doctores, és perquè ell exemplifica com pocs tots els valors positius d'aquest periodisme que contribueix al combat de la civilització contra la barbàrie.

Dit amb sentenciosa brevetat: Iñaki Gabilondo és essència de periodisme. Si el Guernica de Picasso o *Las Meninas* de Velázquez són la pintura, si *El Quixot* de Cervantes és la novel·la o la catedral de Santa Maria del Mar és l'arquitectura, Iñaki Gabilondo és el periodisme.

El periodista Gabilondo s'ha guanyat a pols aquesta distinció que merescudament li atorga en aquest acte la universitat més antiga de la Corona d'Aragó. Però, sobretot, s'ha guanyat el títol igualment prestigiós de mestre del periodisme. No ha estat, la seva, una tasca fàcil. La magnífica i eloqüent *laudatio* pronunciada pel doctor Miquel Pueyo ha fet palès que el camí ha estat llarg, difícil, ple d'esculls i contrarietats que no han estat senzilles de superar. Des de Radio San Sebastián fins avui, el mestre Gabilondo ha tocat tots els colls de l'univers periodístic. Encara que tots sabem que la ràdio ha estat i és la seva passió més íntima i veritable, la que més li ha donat i amb la qual més ens ha obsequiat matins de mestratge.

No és empresa senzilla convertir-se en mestre. Es necessita no només sumar grans i especials qualitats, sinó també que els altres te les reconeixin. Per ser mestre cal convertir-se abans en una autoritat, i per convertir-se en una autoritat cal practicar abans amb l'exemple propi, tant en el camp professional com en l'ètic i moral, tant en el camp privat com en el públic, tant quan ets jove com quan ets madur. Gabilondo ho ha fet sempre així. El primer a matinar sempre ha estat ell. Gabilondo és el paradigma del bon treballador que converteix la seva tasca laboral en un projecte de vida.

No pateixin, ni el doctor Gabilondo, que no farà ara un panegíric hagiogràfic de la seva persona. Però després de tants anys d'admiració, després de tants anys de connivència intel·lectual i cívica amb el mestre a través de les ones hertzianes, no puc impedir que surtin del fons del cor alguns dels sentiments pels quals som tants els qui l'admirem.

Gabilondo és credibilitat: creiem allò que ens diu. Potser som massa ingenus davant seu, però la veritat és que, quan ens parla, confiem en la seva honestedat intel·lectual i professional.

Gabilondo és equanimitat, no dic objectivitat, però sí aquesta actitud —tan poc hispana i tan necessària civilment— d'intentar tenir empatia i respecte per les opinions alienes, de no jutjar amb apriorismes, de no practicar el dogmatisme, de no ser axiomàtic informant a partir de veritats que no necessiten demostració.

Gabilondo procura donar-nos sempre una informació rigorosa, contrastada i veraç, tal com manen els cànons de la deontologia periodística, de vegades tan oblidada en alguns mitjans de comunicació que fan gala i bandera del seu partidisme. Té el millor del racionalisme crític que il·lustra el mètode científic que tant ha fet avançar la civilització.

Gabilondo forma però no adoctrina. Et fa veure coses que tu no has vist, però no intenta imposar la seva voluntat. Quan entrevista no se situa en la superioritat moral ni pensa que ha de quedar intel·lectualment per sobre de l'entrevistat.

Gabilondo és la curiositat i la frescor del pensament posat al servei d'un saber atent a millorar la realitat humana, en un camí de perfecció cap a l'esquiva i per ventura inassolible felicitat. Estar amb ell és sempre estar davant una tempesta de suggeridores idees explicades amb metàfores afortunades.

En resum, Gabilondo és la passió pel periodisme. És el compromís personal apassionat per complir amb l'objectiu últim de l'admirable ofici de periodista: ser útil socialment mitjançant la creació d'una informació opinada sobre la realitat, perquè la societat pugui conformar lliurement el seu propi criteri sobre les coses que passen al món. Un periodisme que tots els ciutadans volem de qualitat, amb periodistes ben formats per la universitat, dignament pagats, amb ocupacions estables i treballant en empreses autònomes de tot poder polític i econòmic i amb un alt sentit de la seva responsabilitat social, sabedors que estan en un àmbit de la vida social tan sensible com és la creació de l'opinió pública.

Doctor Gabilondo, hi ha quatre coses, almenys, que periodistes i historiadors compartim. La primera: el sagrat dret dels ciutadans a la veritat. La segona: el discerniment de quins són els esdeveniments del passat o del present que hem de seleccionar per narrar l'essència de la realitat. La tercera: el problema de com relatar la complexitat social, que està, a més, en contínua mutació. I la quarta i última: el fet que, a vostè com a periodista i a mi com a historiador, ens entusiasma el nostre ofici perquè el que més ens importa és el present i el futur de l'espècie humana.

Vull felicitar, doncs, el degà de la Facultat de Lletres, doctor Joan Busqueta, i el Departament de Filologia Catalana i Comunicació per haver impulsat una petició de doctorat *Honoris Causa* que ha estat acollida amb goig per la comunitat universitària. Honra aquesta universitat el fet que el nostre nou doctor hagi tingut l'amabilitat d'acceptar-la. Amb aquesta insigne incorporació, el prestigi de la nostra institució es veurà notablement reforçat.

I, particularment, tindrà una repercussió positiva en la titulació de Comunicació i Periodisme Audiovisual. Aquest rectorat posarà tota la seva ferma obstinació per protegir-la i millorar-la, amb la creença que ha de tenir un lloc molt rellevant entre els estudis socials de la nostra universitat i un paper de progrés i modernitat en la vida social del territori.

Malgrat que en aquests moments el sector periodístic passa per notables dificultats empresarials, estem convençuts que el pèndol de la història el retornarà a una situació de normalitat millorada i, per tant, que els nostres futurs graduats tindran l'oportunitat que es mereixen: la de poder exercir la meravellosa professió de comunicadors. I per millorar la nostra titulació de Comunicació i perquè les sortides professionals siguin les millors possibles per als nostres graduats necessitem la vital ajuda de les empreses periodístiques del nostre entorn.

He fet classes d'Introducció a la Ciència als alumnes de Comunicació, i he de confessar que figuren entre les més gratificants que he donat en els meus últims anys de docència. Han estat classes en les quals m'he convençut que els estudiants de periodisme no només han de formar-se en destreses professionals i tècniques sinó també en valors

socials i en sentit de la responsabilitat cívica, començant per l'immens valor que té per a la seva professió lluitar per l'equanimitat i l'objectivitat pròpies del coneixement científic de la realitat. Sense rigor analític, sense ètica, sense deontologia coneguda, l'empresa del periodisme perd la solidesa que precisa per mantenir la seva credibilitat davant la ciutadania.

Vull que els nostres estudiants sàpiguen que aquest rectorat no estalviarà esforços per tal d'impulsar la seva titulació. Per això, el rector està particularment orgullós de tenir entre nosaltres col·laboradors de la talla i el prestigi de Manuel Campo Vidal per dirigir un màster que pugui donar continuïtat a la formació dels nostres graduats, o de la talla i el prestigi de Lluís Foix perquè sigui el president d'honor de la Càtedra de Periodisme i Comunicació.

Senyores i senyors, finalitzo. Benvingut, doctor Iñaki Gabilondo Pujol, a aquesta, la seva, universitat. Benvingut a aquest claustre de doctors i doctores que s'honra amb la seva presència. Benvingut a aquesta casa, que ja és la seva per sempre. I no es preocupi, que sabrem disposar de la seva immensa curiositat intel·lectual i de la seva serena saviesa amb gust però amb mesura.

Moltes gràcies.



Universitat de Lleida